

LA PROTESTA

Año XXI

Oficinas: Humberto 1. 1175 - U. T. 2059 (B. Orden)

Buenos Aires, Viernes 16 Noviembre de 1917

Precio 5 centavos

(Porte pago)

Núm 3222

LA DISGREGACION DEL PARTIDO SOCIALISTA

COMENTARIOS A UN MANIFIESTO

Hemos afirmado siempre, nosotros los marxistas, que el socialismo carecía de bases sólidas para poder ser considerado como el ideal de emancipación y justicia social. Su programa de reformas no llega, ni con mucho, a solucionar el complicado problema social, pues de la en pie el principio de autoridad y fortalece al Estado, haciendo de él un amo único, más prepotente que la misma burguesía que hoy pretende combatir.

Siendo falsa su doctrina y sofísticos los argumentos que sus defensores emplean para defender una libertad que no puede existir en el colectivismo, no es extraño que los más caracterizados representantes lleguen de trasgresión en trasgresión, hasta negar el internacionalismo y antimilitarismo, haciendo públicas manifestaciones del más acendrado amor a una patria, y sus instituciones más odiosas, que el socialismo no puede reconocer so pena de convertirse en uno de los tantos partidos conservadores.

El error fundamental del socialismo, considerado como doctrina revolucionaria que brega por el derrumbe de la sociedad capitalista, radica en el falso concepto que de los medios de emancipación tienen los socialistas, que solo en la ley basan su acción demolidora de los regímenes impositivos que reducen al hombre a la más odiosa esclavitud. El poder pervierte a los hombres que a él se encarnan con el propósito de revolucionar desde allí las instituciones fundamentales del Estado. Eso sería suficiente para demostrar lo contraproducente que al trabajador le resulta nombrar representantes en el parlamento, para que defiendan sus derechos y prescriban por medio de leyes risibles lo que deben o no hacer, sus movimientos, la conducta que deben observar en sus relaciones con los demás individuos. Pero ya hemos dicho en infinitas ocasiones que la ley no puede solucionar problemas de régimen que escapan a la perspicacia de los legisladores o van contra los intereses de la casta dominante. Además, ya se sabe en la forma que las leyes llamadas obreras, que constituyen todo el programa revolucionario del socialismo de Estado, son interpretadas por los encargados de distribuir justicia.

El fracaso del socialismo comenzó desde el mismo momento en que, reduciendo a lugar secundario la capacitación de las masas y la propaganda revolucionaria entre el pueblo obrero, se imbuieron en las luchas políticas, nombrando sus representantes al parlamento para hacer, decían, oposición a toda ley, operando la revolución en las almas... Pero los socialistas no se conformaron con ser opositores, con combatir los proyectos represivos y los fabulosos empréstitos que los parlamentos votaban para mantener la paz armada que durante varios años constituyó en Europa la más grande constipación del pueblo. Presentaron a su vez proyectos y reglamentaciones, pretendiendo aplicar a cada mal una ley, y llegaron hasta ocupar un lugar en los ministerios, aspirando, en las monarquías, a la presidencia del consejo de ministros y en las repúblicas, a ocupar el sillón presidencial.

En esa forma fue como el socialismo se fue acercando cada vez más a los partidos burgueses y alejándose del pueblo. De opositores al Estado se convirtieron en sus colaboradores, contribuyendo con su voto a sancionar los impuestos que gravaban la vida del trabajador, como actualmente aprueban los empréstitos de guerra que prolonga la estúpida matanza que se desarrolla en la cultura y civilizada Europa.

Los socialistas de la Argentina no podían librarse de esa ley fatal, que determinó las actitudes inconsecuentes de los socialistas en aquellas naciones donde más incremento tomó el socialismo parlamentario. Si los partidos socialistas europeos aprobaron la guerra, alegando principios de nacionalidad y de derecho jurídico, nada extraño era que los socialistas de aquí, discípulos de aquellos, asumieran igual actitud aprobando la ruptura de relaciones con el imperio alemán como pudiera hacerlo cual-

quier partido nacionalista, aunque tal inconsecuencia traían de adonarla con las consabidas frases de libertad, derecho, civilización y progreso, alegando prepotencias militaristas y atentados a débiles nacionalidades, haciendo así cuestión de fronteras que nunca reconoció el socialismo.

La actitud asumida por los parlamentarios socialistas, el comité ejecutivo y dirección de «La Vanguardia», aprobando los unos la ruptura de relaciones con el imperio alemán, expulsando del partido, los otros, a los que no estaban conformes con tal votación y pedían la renuncia de sus bancas de diputados, y cerrando las columnas del «órgano» a los que no opinaban de acuerdo con su criterio, los últimos, provocó una natural disgregación en el partido, formándose dos bandos contrarios, unos partidarios de la guerra y otros sostenedores de la neutralidad en la conflagración europea.

Los que dirigen el órgano del partido, defensores de los diputados guerrilleros y aliados ellos a su vez, traían de desprestigiar a los disidentes, negándole la defensa en las columnas de «La Vanguardia». La dicadura socialista se ha manifestado en sus más odiosas y brutales formas, y sin embargo, el rebano sigue sumiso apoyando con su voto inconsciente la acción negadora de los jefes y arbitristas que hacen del socialismo y de la causa del pueblo un medio bochoso para conquistar su bienestar personal.

Después de lo dicho, reproducimos aquí parte del manifiesto publicado por el «Comité pro-defensa de la resolución del III Congreso extraordinario del partido socialista», para dar una idea si quiera de toda la miseria moral que se oculta en el seno de ese partido, corrompido en su doctrina y en sus hombres.

Hé ahí lo que, sobre la actitud de los «doctores» que manejan el partido, dice el manifiesto en cuestión:

«El Comité Ejecutivo y «La Vanguardia» han tejido en derredor de este Comité una leyenda negra, hecha en base de torpes calumnias y de infames embustes, leyenda negra que al filtrarse al través de los cerebros afiebrados o aturvidos de los afiliados ingenuos o inexpertos, adquiere proporciones monstruosas. Es así como se pretende ver en un pacífico e inofensivo cambio de ideas entre un núcleo de afiliados, modestos proletarios en su casi totalidad, una «conspiración sinistral», frase del senador Crotto, reeditada por los dirigentes del Partido Socialista, y como si esto no bastara, se nos tilda de «mafia divisionista y anarquista». Imputación tan baja y cobarde demuestra crudamente la miseria moral de quienes la hacen, y pone en descubriendo el abismo a que ha rodado vertiginosamente el grupo dirigente del Partido, en defensa de sus intereses creados, dentro y fuera de la agrupación.

«Usando de procedimientos de política criminal, en la que se revela un consumado artífice, el C. E. pretende expulsar del Partido a un fuerte y eficiente núcleo de afiliados cuyo delito máximo consiste en haber conseguido hacer triunfar la resolución que propiciaba en el último congreso del Partido. Sabe el C. E. que constituiríamos un grupo de afiliados que controlamos con celo y amor, todos los pasos del Partido. Sabe, también, que las ideas que sustentan el núcleo gobernante del Partido, son cada día menos socialistas, a veces la negación rotunda y categórica del socialismo, y sabe, por último, que los procedimientos a que apela en el gobierno interno del Partido, son torpes y arteros, equiparables, cuando no los supera, a los utilizados por los peores políticos crímenes. Todo esto va creando, día a día, no lo ignora el grupo dirigente, divergencias irreducibles de teoría y táctica socialistas y de procedimientos internos entre ellos y nosotros. Y como el Partido comparte nuestras ideas, como lo reveló, elocuentemente, el último congreso del Partido, en medio del asombro del grupo dirigente, que confunde lamentablemente sus personas y sus intereses políticos con

la personalidad y los intereses del Partido, y como nuestros procedimientos son limpios y correctos, el grupo dirigente del Partido, que nunca toleró por mucho tiempo ninguna oposición seria dentro del Partido, desea eliminarlos de cualquier modo, por inmorales que sea, para asegurarse así el disfrute tranquilo del poder dentro de la agrupación, gravemente amenazada, hoy más que nunca, por sus propias torpezas y debilidades. Este es el verdadero motivo del único, de la gran batallada levanada dentro del Partido. Hacía tiempo que el C. E. buscaba un pretexto para asestarnos un golpe de muerte. Su falta de escrúpulos y su sagacidad calculadora lo ha encontrado ahora, en las vísperas de una doble elección de candidatos, en la fundación de este «Comité pro-defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario». Para que se vea que no exageramos, relatemos en cuatro palabras lo acontecido. El grupo parlamentario y la mayoría del C. E. sostuvieron en el último congreso del Partido una proposición de guerra contra los imperios centrales, sin tener la valentía de emplear la palabra «guerra», porque ella repugna a la honradísima conciencia parafista del Partido. Esta proposición, a pesar de la presión escudadora del C. E. y «La Vanguardia», fue unánimemente condenada; en el congreso sólo habló en su favor, además de los diputados Justo y De Tomaso, la delegada Begoña, del Centro Feminino, infuérta de todo apoyo, fue retirada a última hora, y para hacer menos dura su inminente derrota el C. E. la substituyó por otra, presentada por el doctor Justo, y que textualmente decía: «El Partido Socialista representado por su III Congreso Extraordinario declara que: 1.º No quiere ninguna declaración de ruptura de relaciones. 2.º No quiere ninguna declaración de guerra. 3.º Que la representación socialista en el Congreso Nacional no debe tomar iniciativa alguna respecto a la guerra».

Esta moción era una proposición trampa. Fue fraguada a última hora para evitar el triunfo de la minoría, mucho más categórica y terminante. Su autor, el doctor Justo, no aceptó un agregado que se le propuso: uno votará creídos de guerra, porque violentaba el verdadero pensamiento del grupo parlamentario. El Congreso del Partido entendió bien a dónde iba el doctor Justo, y votó, por mayoría de votos, la proposición de la minoría del C. E. Triunfante la minoría, su muerte estaba declarada por el círculo dirigente, que consideraba al Partido como su propiedad indisputable, de la cual, de acuerdo con el arcaico derecho romano, tiene derecho a usar y abusar. El C. E. no podía resignarse a perder las posiciones adquiridas, y derrota, incurrió en la doble inmundicia de continuar en su puesto y de designar a uno de sus componentes para ocupar el directorio del órgano oficial. Vencidos en el terreno de las ideas en la asamblea más magna y más consciente del Partido, se propusieron triunfar en el terreno de los personalismos. Y comenzó, sobre el tambor, la agresión teutona del C. E. «La Vanguardia», desde el día siguiente del Congreso, arreció contra el mismo. Hizo esfuerzos desesperados para presentarnos como el resultado de una confabulación secreta. De acusados se transformaban en acusadores: táctica de habilísimos procuradores. Se agita el asunto en toda forma, se desprestigia por la mentira y la calumnia al brioso y pujante núcleo que triunfó en el congreso, el Partido es un enorme chiste, surgen por todos los costados comisiones investigadoras, y después de varios meses de afanosa perquisición el asunto se archiva sigilosamente, en todos los Centros, ocultando el gran fracaso de esta perversa maquinación. Nada se probó: el más refinado escolástico no podría probar la existencia de lo que nunca existió. Eso no importaba. Lo importante era calumniar al congreso socialista para cohonestar la violación de lo resuelto y allanar el camino del voto general. Y ambas cosas vinieron, matemáticamente. Frente a tanta perfidia y mala fe, ¿qué hacer? ¿pedir un congreso? El grupo parlamentario solicitó el voto general, y el C. E., integrado por cuatro parlamentarios nacionales y el director de «La Vanguardia», así lo acordó, aunque los parlamentarios, según el estatuto, están

cometidos, a los efectos de la disciplina, al congreso del Partido y no al voto general. IV un voto general realizado en qué forma? En el grupo parlamentario, sabiéndose indispensable a los ojos del Partido, amaga con su renuncia si no se le da carta blanca en el asunto internacional para votar mañana la guerra, como ayer votó la ruptura de relaciones. ¿Qué otro camino nos quedaba? ¿protestar en los Centros? Un Centro no es el Partido, sino una porción mínima del Partido. Además, en muchos Centros, el asunto no se discute, porque pasó la moción mordaza de «no ha lugar a deliberar». Escribir en «La Vanguardia» «La Vanguardia», desde el último congreso, está horriblemente desfigurada. No parece el órgano del Partido, sino el órgano de la cofradía dirigente. Acoge con júbilo hospitalidad las publicaciones más insidiosas e irresponsables contra nosotros. A posoteros nos cierra las puertas en las narices. Desde sus columnas, Esteban Dagnino, en un artículo pagado con dinero del Partido, nos llama «gan-grenas del Partido». Enrique Dickmann nos tilda de epicaros, pillos o ingenuos. Basilio Vidal incita al empleo de la violencia y del crimen. Y tras de ellos, y actuando como resonadores, la legión de pedanuelos y de inconscientes.

¿CUANTO ES?...

Hay gentes que parecen haber nacido únicamente para ejercer el poco envidiable oficio de alcahuetas, tantos son sus desesos manifestados por denunciar a la faz de los hombres que le gustan, todo hecho que ellos juzgan punible.

En la pasada huelga ferroviaria, tuvimos oportunidad de anotar una monstruosa alcahuetería hecha por la cloaca «Ultima Hora», quien marcó con «dapiro rojo» cierta apología de la violencia publicada en LA PROTESTA.

Ahora tocamos hacer lo mismo respecto del órgano de los chupaculos y tragaavemarías, por cuyo infame órgano, que no tiene por cierto la divina belleza de los de iglesia, se pretende puntualizar el horror que encierra el artículo nuestro sobre Radowski, inserto en estas columnas el 14 del corriente, en ocasión del aniversario de la gloriosa muerte de Falcón.

Se asombra el diario de los pedanuelos monaguillos, y con razón. En efecto, ¿cómo pueden concebir en sus vacuas molleteras las nuevecitas disfrazadas de cuervos, que redactan aquí el ejercicio de la vindicta pública, si ellos tienen apenas carne de gallina y no les llega la camisa al cuerpo en tratándose de habérselas con verdaderos hombres?

De todas maneras, agradecemos sinceramente este rasgo de alcahuetería de los periodistas-clérigos, y les rogamos también se sirvan indicarnos dónde y cuándo podamos verlos, a objeto de pagarles sus servicios de delación en que muestran tan rítricos.

Queremos pagarles la alcahuetería, señores pesquistas de sorana.

¿Cuánto es?...

LA CUESTION FERROVIARIA

ALTERNATIVAS - POLITICA

Lejos de solucionarse la cuestión de los ferroviarios, puede decirse que más bien ella se complica, pues no puede llamarse solución o vías de solución a ciertas alternativas políticas que conducen únicamente a oscurecer el asunto en vez de aclararlo.

Las empresas, intransigentes como al principio, se niegan en absoluto a entrar en arreglos con los obreros ferroviarios, alegando una serie de razones ambiguas que solo podrán convencer a quienes no estén al tanto de este ir de venir de intereses capitalistas, favorecidos por arbitrajes propiciados por algunos señores sindicalistas creyéndose llamados a meter la pata, produciendo de esta manera el desbarajuste que todos conocemos con el engañador nombre de triunfo de la huelga ferroviaria...

En Tafi Viejo, continúan cerrados los talleres, no viéndose sino hasta cierto punto el por qué de las infames represalias tomadas por una compañía, tan

LA PROTESTA

DIARIO ANARQUISTA de LA MANANA

Valores y giros diríjense a Mariano Torrente

to espíritu de explotación demuestra esta.

Sobre lo ocurrido en Bragado, lo mismo puede decirse, esto es, que la empresa del F. C. Oeste fue quien en realidad provocó el incendio de algunos vagones cargados de pasto que en aquella estación aguardaban destino.

De todo lo cual se deduce que realmente lo que ha sucedido respecto de la gran huelga de ferroviarios, es sencillamente un verdadero bluff en que, engañados los obreros por la actitud en apariencia equitativa y honesta de un señor Mansilla, de otro señor San Sebastián, y de otros señores más, reanudaron sus tareas en estaciones, talleres, oficinas y demás, ignorando por completo cuáles eran las buenas condiciones mediante las cuales volvían al trabajo.

Se trata acualmente, en el conflicto ferroviario cuyas alternativas de ahora pueden transformarse muy bien en toda una huelga general de enormes proporciones, de que más que cualquier otra cosa el es motivo de manejos políticos, dado que todas las empresas en general lo que anhelan es exprimir más rodiva a los obreros ferroviarios, usando para el caso de vulgares tretas que podrían anular sin mayores esfuerzos por la resistencia energética de aquellos, quienes no deben de ningún modo atender arbitrajes del género que vean ellos, so pena de ser derrotaos una vez más por la asucia de los burgueses.

“EL PRESIDIO DE USHUAIA”

Era de esperar que alguna buena acogida la iniciativa de editar en volumen la serie de artículos que, sobre el presidio de Ushuaia, escribiera en estas mismas columnas nuestro camarada Marcial Belascoín Sayós. La iniciativa, pues, se ha hecho en parte una realidad. Pero para obtener el éxito deseado y poder llegar a hacer del folleto una edición de 100 mil ejemplares, es necesario que los compañeros, todos los anarquistas y simpatizantes de la región, contribuyan con su óbolo, pues para que se logre divulgar entre el pueblo el horror de la trágica Ushuaia, es necesario hacer un tiraje grande que debe ser destinado a repartir gratis, por lo que hay que salvar los gastos de impresión.

Deducido el costo de cada folleto, los donantes pueden recibir lo equivalente a su donación monetaria, y lo mismo las instituciones y centros que se encargaron de repartirlos por su cuenta. Creemos que esta sería la mejor forma de lograr llegar a la edición más amplia formulada, aunque para ello se necesitan unos cuantos centenares de pesos.

Manos a la obra, compañeros, y que la Ushuaia trágica, que sirve de sepulcro a nuestro hermano Radowski, salga al comentario público con todos sus crímenes y vergüenzas. Nos lo agradecerá el más querido de nuestros compañeros y los centenares de infelices que sufren en aquella maldita tierra los rigores de la tiranía hecha ley...

A UN PASO DE LA COSECHA

La agitación agraria

Los capitalistas, que en estos últimos días habríanse alarmado ante probables destrozos hechos en las sementeras por las heladas, vuelven a sentirse henchidos de gozo, pues las perspectivas de la recolección del trigo y demás no dejan en ningún momento de ser halagüeñas.

Pero como es ya sabido que el capitalismo es una fiera insaciable cuyas fauces no se llenan nunca, los zánganos que sin haber sembrado una semilla siquiera se aprestan, no obstante, a recoger sin escrúpulos los óptimos frutos de la tierra, han salido del pellejo de las heladas y el granizo para caer inopinadamente en el otro y no

menos grave peligro de la explotación reivindicadora de los trabajadores de la cosecha, que para ellos, los parásitos, entraba una seria amenaza a sus intereses comprometidos en la labor de la campaña, significando tal síntoma de rebelión el propósito, por parte del propietario que irá a «recoger» los referidos frutos, de aguarles la fiesta a los explotadores si no es que éstos acceden antes a conceder las mejoras de salarios, etc., etc., que aquellos solicitarán, poniendo en juego la cetera e infalible arma de la acción directa.

Hé aquí las primeras noticias referentes a la agitación agraria, de las que hácese eco uno de los tantos órganos defensores de las clases privilegiadas, noticias que deben interpretarse como un toque de atención lanzado al gobierno y «adistres» a objeto de inmediatas medidas restrictivas de tal agitación o por lo menos de sus propagadores.

Córdoba, noviembre. — Se acenita aquí la alarma, — dice aquí órgano — en vista de los caracteres que asume la agitación agraria.

La propaganda en favor de un movimiento agrario en las zonas agrícolas del Sur, toma cuerpo y son numerosos los agitados que recorren esas regiones, iniciando a los chacareros a la resistencia contra los propietarios, pendiente a obtener ventajas sobre el tanto por ciento de beneficios que les corresponde en su calidad de arrendatarios.

Contra este íalateral, obreros del campo, debe corresponder virilmente con la intensificación de la campaña pro mejoras en el trabajo de los que recolectarán los beneficios que los otros han de comerse muy tranquilamente sin moverse de sus lujosas viviendas, donde, entre banquetes y recepciones y botracheras de champagne, tiran riéndose una vez más: «Que hermosa y cuantiosa cosecha tenemos recogido este año!».

Alerta al íalateral burgués, trabajadores del campo.

MI CREDO

Un señor periodista, de albas canas e ideas ídem, que unos amables parientes míos, (parente es principio activo del verbo parir, y ellos no parirán, ni me parieron nunca; corrijase, pues, nuestro lenguaje que a todos hace parientes), me presentaron para que me dictara unos cuantos consejos y sabias lecciones — de vejez, seguramente, — en vista de mis réplicas sarcásticas a sus sandeces, se retiró tachándose repetidamente de incrédulo. ¡Incrédulo yo!.

No quiero perder mi reputación y la oportunidad de hacerle presente mi fe de creyente y, por lo tanto, demostrarle fehaciente y suficiente, que para algo tengo mente. Y comienzo: creo en maras y en pedregullo. Creo en la madre que me hizo y en la que me hizo a mí también, por la gracia de la gracia de «Dios» reunido en los miembros impudicos y pecadores de nuestros padres.

Creo en «Dios» todopoderoso, creador del cielo y de la Tierra (creada exclusivamente para los propietarios); creador del reino mineral, vegetal y animal; de los piojos, las chunches y las pulgas; del fuerte y del débil, los ricos y los pobres, los ricos y los pobres, millonarios y mendigos, opresores y oprimidos, y las guerras y las pestes y las plagas y todos los etc. Creo en el plan nuestro de cada día, salvo muchas honrosas excepciones.

Creo en la democracia, en la justicia de la ley, de todas las leyes; reidos si no he de creer, sufriendo consecuencias y aplastantes consecuencias, en la calle, en el trabajo, en el hogar, en la mesa, en la cama, — en el cuerpo, en el alma y en los sesos, y en todo minuto y lugar!

Creo en Moisés, Jesús, Mahoma, Vishnú, Zeus, el Papa, las papas, los cuernos del diablo y de todos los que los llevan ocultos; pues son adornos que el supremo digno a toda la fauna terrestre (tal vez porque los vio gracioso en «él mismo»), amén. Creo más...

Creo en la soñada del fraile y todo lo que hay debajo de ella. Creo en el sable del militar, en la voluminosa parrilla del burgués, en la «viruela» del político, en la madre de la plebe, en las actividades, en los «Derechos» y los Torcidos, en la miseria, en la «sanidad» de la propiedad privada, en los negocios y mercados bien surtidos y en el hambre, los andrajos y la sabrosa imbecilidad del pueblo, en la gran causa de los cañones y aún de las dinámicas...

Creo en la virginidad de María «Santísima», como en la milagrosa castidad

de mi vecina, a quien se le abultó el vientre sin ser tocada... según quisieron contarlos hasta el «falso médico» después de muchos, exámenes.

Creo en el sagrado matrimonio, en amor patria y las verdades de su glorioso himno. Creo que la «Ley Social» no se aplica... ni se ha hecho para todos...

Creo en «nuestra» libre Constitución, en el «Americanismo», en la «Argentinidad» y en todos los malandrines e «chidipatas» que me tienen tan maltrecho y peor vivo.

Creo en la «caridad» de la «dimoníaca» dada a los que nada tienen, porque de todos los han despojado. ¡Ladrones! Creo en todo lo que puede concebir el gacumen, menos en la verosimilitud de todo lo que se cree y creo. Y, por último, creo y me creo en los grandes papas como Vd. señor periodista de virtudes canas e ideas ídem, pero no me crea ni me crea en el respetuoso deber de hacerle creer que engullo y creo sus papanaterías; créame: qué se ha creído?... mal creyente!

Pascual NETRI (junior).

Nota. — Exhorto a los compañeros a creer mi credo, para que no nos tachen de incrédulos...

UN EJEMPLO DE LA PROPIEDAD

Ayer, unos amigos, me invitaron a tomar café en un Centro burgués.

Fui. Entramos. En un salón amplio, algunos burgueses crudos, gruesos, volubles, jugaban. Sólo se oía a las veces, el ruido de las monedas sucias, pringosas. Nadie hablaba. Era un silencio pesado, cargado de recortes y de odios, ese odio y ese rencor que el jugador guarda para su contrario, aunque luego en la vida sea un amigo...

Un momento cesó el juego, y pronto una conversación absurda tuvo lugar. Se habló de la guerra europea y se dijeron los conceptos más disparatados y se sustentaron teorías inverosímiles y se hicieron afirmaciones estúpidas. Era una conversación de burgueses. Bajó esta conversación, de términos vulgares, algunas veces groseros. Y hacían cálculos para el futuro. Negro, horrible futuro, si el trabajador continúa manso, anegado, humilde, sufriendo todos los dolores, todas las miserias, las angustias todas...

Oyendo yo la charla insulsa de estos burgueses, he recordado un pensamiento de la escritora francesa que firmaba «Bachelard» y que dice así: «¡Oh, son necesarios esos, los convencidos de nacimiento, para que se enmiende o levante la Bestia Burguesa, cuya grasa rezumante concluye por untarnos a todos...».

Luego, han variado el tema de la conversación.

Hablan de «sus» intereses, de «sus» tierras, de «sus» propiedades. Y como alguien nombrará al productor, se han enfurecido, han golpeado con los puños la mesa, han vociferado pronunciando frases duras, incorrectas, revelando falta de educación, carencia de delicadeza...

Y ha dicho uno: «—Odio al trabajador, al obrero, a todo el que combate mi posición, con el terrible, con el formidable odio que hay que puede haber en mí, para aquel que por cualquier medio pretenda arrebatarme «mis» propiedad, adquirido a fuerza de trabajos y sudores, míos y de mis hijos...».

Y yo he pensado: Ved aquí a Silok, redivivo. Shakespeare quiso, en este personaje, crear en forma impercedera el odio de la raza judía a la cristiana. Mas los tiempos han cambiado. Ved ahí un nuevo Silok que odia al trabajador, terrible, salvajemente. Profesa la religión del odio, lo tiene por sistema, por doctrina. Pudéramos llamar a esta pasión suya con un nombre nuevo, componiendo una nueva palabra: «Silokismo».

Y ha dicho otro burgués: «—Yo no odio al trabajador; le exploto. Pláceme llevar a mis arcas oro, mucho oro, y para conseguir mi objeto no reparo en los medios; todos son buenos. Mi placer favorito es la ganancia. La tengo. Lo demás no me importa. Ahora bien; ¿dónde que alguien pretenda tocar «mis» propiedades las defenderé como un león. Todo lo que poseo es legado de mi padre, que allí en las pampas argentinas y en la manigua cubana, dejó sus sudores y su sangre en forzosos trabajos, para reunir al final de la campaña algunos millones...».

He aquí el prototipo de Harpagón. Oro, reunir oro, guardarlo, esconderlo, es su única pasión. ¿Cómo llamaríamos a esta pasión insana?

Y ha dicho el tercer burgués: «— Vosotros no sois prácticos. Tú con el odio y éste con la ambición, ambos

PRO NIC DE LA PROTESTA

PRO BAZAR RIFA

Acusamos recibo de los siguientes objetos donados para el próximo picnic por los siguientes camaradas:

L. C.: Un estuche con una tacita japonesa; J. Ordaz: 16 postales, y tres obras, cuyos títulos son: «El origen de la vida», «Noticias de ninguna parte» y «Primeras edades de la humanidad». A ello, hay que agregar: 7 globos zepelines, donados por los compañeros Caporatti.

El Comité Administrativo.

SUSCRIPCION VOLUNTARIA

Pro Tolleto «El presidio de Ushuaia»

Suma anterior (1) 118.20
A. Marcos 0.50
Tres rebeldes 1.50
Mariano Gorgón 1.00
A. Cuervo 1.00
Canasteros Unidos, de Tigre y S. Fernando 10.00
Total 132.20
(1) Por error, ayer apareció 117.60

der para hacer la mala, vuestra ignorancia y la ignorancia de la multitud. ¡Todos iguales! Hé ahí el verdadero mal. Pero esta ignorancia ha de cesar un día. ¿No os inquietará el pensamiento de la llegada de ese día?

Habéis de la «propiedad» vuestra, como si en realidad de verdad vuestra fuese, por derechos de justicia. ¿Sabéis lo que afirmáis al decir esto es mío? Un absurdo. El día que la Humanidad llegue a un grado superior de instrucción, nada será de nadie porque todo será de todos. ¿Habéis pensado alguna vez, lo grata, lo alegre, lo tranquila que transcurriría la vida de los seres humanos, si no les atormentara el pensamiento del mañana obscuro? Sabed que la obscuridad de ese mañana es por vuestra culpa. ¿No oís las quejas de los hambrientos? ¿No sabéis que hay niños desnutridos por causa de vuestra ambición? Pensad con que esos niños, mañana hombres, serán rebeldes y os perdirán cuentas.

¡Desgraciados, vosotros que continuáis sordos y ciegos!

Causa de vuestra ceguera, es la propiedad.

¿La defendéis?

¿Dídmelo, pues. Esas tierras, esas casas, esas fincas, nada de lo que tenéis es vuestro. Perennemente por entero a la sociedad.

¿Protestáis?

Calma. Escuchad. Tú, que tanto odias al trabajador, ¿qué hacías no lo muchos años? ¿Callas? Recuerda que trabajabas en los campos de un antiguo feudal. El feudal se arruinó. Y vendió las tierras. Y tú con fincas de aquí, de allá y de acá, tonaste al cinco dinero de un Banco y con él contrastaste tierra. Te hiciste propietario. Desde entonces ya no trabajas; tus hijos tampoco. Has pagado al Banco el dinero. Y tienes los títulos de propietario. Bien. ¿Quieres decirme ahora a quién pertenecen tus tierras? Responde. No debes nada... Las tierras, en justicia, debían pertenecer al que las trabajaba, a ese obrero, a ese trabajador que tanto odias, y que por ello te odia.

Tú, que hablas de la herencia que tu padre te legara y que dices ganó en las pampas con su trabajo, ¿estás seguro de decir verdad? ¿Dudas? Sabes como el origen de tus millones. No ignoras que tu padre hizo en Cuba y en la Argentina de negro, que se dedicó a

la venta de hombres, comercio infame, origen de tantas riquezas. Y a los hijos de aquellos que tu padre vendió, es a los que tú explotas hoy. ¿Puedes decir tranquilo, «este dinero me pertenece»? ¿Qué fuerza, qué justicia, soñes que base se asienta tu propiedad? ¿Y te agrada amontonar oro! ¿Eas monedas amarillas que a las abrires cho trazarán sangre! ¡La sangre de los esclavos que tu padre maltrataba! Sigue Harpagón guardando tu tesoro. Ese que tú explotas es fácil que algún día se rebelle, y junto con lo que guardas te arroje al abismo.

Tú, Tartufo moderno, hipócrita que vendes amistad a los explotados, ¿sabes si tu propiedad, si alguna propiedad es legítima? Has hablado de las antepasadas, y has dicho que eran nobles y eran guerreros. ¿Conoces el origen de las propiedades de ese tiempo? ¿No?

Era un tiempo en el cual, cuanto más malo se era, más honores se ganaban. Y se daban premios a la maldad, a la bajeza y a la iniquidad. De alguna de esas causas renace tu derecho.

Piensa en ello, Pensad todos. La propiedad nunca es legítima. Se adquiere siempre con daño de tercero. Luego tampoco es justa, ni humana, ni útil.

¿Callas?

¿Os ha impresionado la voz del pueblo?

Pues pensad que esto que yo os digo, lo repetí hoy en todas partes, y se propaga y se lleva con el banderito como enseña de la verdad.

Vosotros estáis roídos por bajas, feas pasiones, y defendéis la injusticia de vuestra posición como si fuera un derecho.

Acaso sea un derecho, pero no natural.

Y lo que no es natural, está condenado a morir. Único dilema.

Atención.

Y antes de odiar, aguar y explotar al pueblo como hoy hacéis, registrad en vuestros archivos hasta que encontréis un ejemplo, uno solo, en el que sea justa vuestra propiedad.

Si no lo halláis, pensad en el mal que habéis ocasionado: echad una ojeada a vuestro alrededor, y veréis cuanto miseria, cuanto crimen, cuanto maldad hay en el mundo por vuestra culpa.

DIONYSIOS.

Barcelona.

Controversia con los católicos

LO QUE DICE EL Sr. PODESTA

CONCLUSION

EL SILENCIO ES ORO!

El señor Montemayor no ha contestado a una cantidad de cosas que le tengo observadas, que tiene por sistema poner oídos de mercader a las cuestiones más fundamentales que le propongo, que no ha dicho hasta ahora una sola palabra, por ejemplo, sobre aquel problema que plantea DuBoys-Reymond sobre la hipótesis de la coeternidad de la materia y del movimiento, el señor Montemayor que habla exclamando: «ningún sabio católico» y a quien he dejado totalmente desmenado con clarísimos, irrefutables, intergiversables testimonios de los más eminentes sabios modernos, el señor Montemayor, digo, quiere cubrir su torreta enroscándose que no me haya ocupado de tres o cuatro sabios que di como católicos, y de los cuales no he reproducido ninguna profesión de fe. Y dice, seguro de poner una pica en Flandes: ¡el silencio es oro!

De Bichat y de Barthelz, cuyas doctrinas no es el momento de considerar, baste decir que pertenecen a Montemayor, cuya facultad es aún presentemente famosa por la ortodoxia de sus justos profesores, entre los cuales figura hoy Grasset, a quien agrego, de paso, entre los sabios netamente católicos, y de cuyas teorías el señor Montemayor podría enterarse para saber cuál es el moderno movimiento de las ciencias de la vida.

Ciertamente, el señor Montemayor podría decir de algunos de esos nombres, doctrinas o teorías no conformes a las de la iglesia; pero eso no significaría que no profesaran el credo católico, y menos que lo rechazaran como absurdo. Pero al hacer bandera de esas aparentes contradicciones, el señor Montemayor confiesa su derrota, pues busca con ella cubrir el sentido inequívoco de los testimonios por mí aducidos. Ni podía sucederle de otra manera, cuando se ha propuesto demostrar cosa tan absurda con la inexistencia de sabios católicos.

Digo, pues, con el señor Montemayor, que el silencio, verdaderamente, es oro. Y síno, veamos.

¿Qué dice mi adversario de Moreau, de Vico, de Ferrari, de Hay?

El silencio es oro.

¿Qué dice de Urbano Le Verrier, y de su purísima fe católica, de su piedad?

El silencio es oro!

¿Qué dice de Volta, que daba gracias a Dios por haberle hecho nacer en el seno de la Iglesia? ¿Qué dice del gran físico que con la arrogancia del Evangelio? ¿Qué dice de Ampère, y de su ardiente fe?

El silencio es oro! ¡Ya lo creo!

¿Qué podría decir el señor Montemayor del gran Pasteur, el sabio más esclarecido del siglo pasado, y, sin disputa, el que más servicios ha prestado a la humanidad? ¿Qué podría decir para negar su fe, o para convencernos de que no era sabio? ¿Cómo podría acusarle de poseer una fe católica, frente a sus declaraciones?

¿Cómo podría decir que era católico por interés? ¿Cómo podría probar el señor Montemayor, autor de manifestaciones ridículas y bombásticas, que el gran Pasteur era católico por los restos de misticismo que la ciencia no ha conseguido todavía destruir?

¿Cómo podría hacernos creer que no hay sabios católicos?

Al señor Montemayor le ha valido mejor callarse, y hablar de las hogueras de las inquisición, y de las penas de las piedras, y del golpe de martillo que produce cosas tan asombrosas...

¿Qué podría decir de Dumas y de su fe católica íntegra?

¿Y qué podría decir de Brany, de Biot, de Galvani, de Grasset, de Rougier, el descubridor de los Rayos X, profesor de la Universidad Católica de Wurzburg?

Al señor Montemayor le ha valido mejor callarse, le ha valido mejor traer cartas de Voltaire, el cínico maestro de la miseria.

Y el silencio es oro!

¿Qué podría decir de Cauchy, el eminente matemático, cuya profesión franca de fe católica reproduce? ¿Qué podría decir el señor Montemayor, que el silencio, verdaderamente,

por, el la Ciencia y Jesucristo mosas pío cristiano St. de J.

VOLTAT VENC

No, no clásico que Dios al señor convencido de la falsedad de la realidad solidadora.

Y ¿cómo tate por versario, feijisimón que no por lo que argumenta contradicción tatar el atribuir a la ciencia de esta echa por Realismo de la Ve fastidiosa serio uno sus primos pugna, con el el.

En efícos? vención ni de la razón lo segu cuando.

No di más que cura la cura a se. Pero, es por la que en mayor se la colas dido de

UNA E MAR

El señ muestra ga, de de esca ción y nes, pa Escrib, para ex no exist le palpa su fanta conceptu bies. Al paracion como lo gmos.

Dice no exist le vé, n le busc ni le tibre e crosoc parte. Y entre s, su aloc ha esca pampin tendo.

Para tos de señor M y se existen

Dios ex cede de cantado to para caré en solver preocup no o no lo abro en el ál y yo se

Orga

“Afi

nist

por, él que asegura en nombre de la Ciencia que Dios es una fantasía, y Jesucristo un mito, de aquellas cosas que se llaman "falsas verdades". ¿Cristiano, esto es, creo en la Divinidad de Jesucristo...?

Si, el silencio, es oro purísimo.

EXISTENCIA DE DIOS

VOLTAIRE NO SE HUBIERA CONVENCIDO...

No, no se hubiera convencido el clásico maestro, de la impiedad, de que Dios no existe, después de oír al señor Montemayor. No se hubiera convencido, porque tenía talento, y toda la falaz argumentación y la verborragia insubstantial del señor Montemayor, le habría parecido, como en realidad son, de una indigencia de solididad.

¿Y cómo habla de convencerse Voltaire por la argumentación de un universal, que se inicia por esta infelicitosa afirmación: «Dios es el cura que hace hervir la olla de la curación pura invención comercial»? ¿Cómo no había de despreciar, no ya por lo impío, sino por lo torpe, una argumentación tan inequívoca, tan contradictoria, que, en seguida de estampar esa necia sentencia, vuelve a atribuir la idea de Dios a la superstición de los pueblos primitivos, y a la eterna afirmación: «Dios es el cura que hace hervir la olla de la curación pura invención comercial»? ¿Cómo no había de despreciar, no ya por lo impío, sino por lo torpe, una argumentación tan inequívoca, tan contradictoria, que, en seguida de estampar esa necia sentencia, vuelve a atribuir la idea de Dios a la superstición de los pueblos primitivos, y a la eterna afirmación: «Dios es el cura que hace hervir la olla de la curación pura invención comercial»?

Realmente, no se requiere el talento de Voltaire para sentirse un poco fastidiado al tener que tomar a lo serio una argumentación que desde sus primeras cuatro líneas se pone en pugna, no digo con la ciencia, sino con el más elemental buen sentido.

En qué quedamos, ilustre científico? ¿Es la idea de Dios una invención comercial, o un efecto natural de la superstición primitiva? ¿Tiene razón la Ciencia cuando afirma lo segundo, o la tiene ese señor Simón cuando asegura lo primero?

No digo que una explicación valga más que la otra. La de la olla de curas tal vez añada un poco de riñón a la falsedad filosófica e histórica. Pero desde que son contradictorias, es necesario decidirse por una, por la que más guste... Y no duda en la disyuntiva, el señor Montemayor se decidirá siempre por la de la olla. ¡Si parece hecha a la medida de su temperamento... científico!

UNA EXCURSION ENTRE OLLAS Y MARMITAS.

El señor Montemayor nos ofrece una muestra de su sorprendente verborragia, de su admirable pero inútil arte de escribir, con derroche de imaginación y de retórica, largas disquisiciones, para no decir nada substancial. Escribir, en efecto, abundantemente, para expresar esta genial idea: Dios no existe porque no se le ve, ni se le palpa. El señor Montemayor agota su fantasía para repetir tan mezquino concepto en todas las formas imaginables. Acude a una multitud de comparaciones que no revelan agudeza, como lo comprobó el lector, por algunos ejemplos que mencioné.

Dice el señor Montemayor que Dios no existe sencillamente porque él no le ve, ni le palpa, ni le encuentra si le busca, ni le puede medir, ni pesar, ni le tiene en sus bolsillos, ni le descubre con el telescopio, ni con el microscopio, ni da con él en ninguna parte. Va a su cocina, y no le halla entre sus ollas y marmitas. Acude a su alcoba, y tampoco está allí; se ha escapado. Y dice un sin fin de periphrasis semejantes, del mismo contenido y... de parecida gracia.

Para saber si Fulano tiene depósitos de dinero en el banco, arguye el señor Montemayor, se va a dicho banco y se comprueba si tales depósitos existen efectivamente. Para saber si Dios existe, el señor Montemayor procede de igual manera. Quedó yo encantado del procedimiento, y lo adopté para mis investigaciones. Y lo aplico con envidia. Quiero saber, para resolver una duda muy grave que me preocupa, si el señor Montemayor tiene o no inteligencia. Tomo su cráneo, lo abro, examino su cerebro, busco en él la inteligencia, no la encuentro, y yo salgo de mi duda y digo: el señor Montemayor no es un animal racional, carece de inteligencia.

¿Cómo que no la puede ni ver, ni medir, ni pesar!

Quiero saber todavía si el señor Montemayor tiene honor, lealtad, sinceridad, amor a la ciencia, al estudio, al arte, generosidad, entusiasmo, abnegación, coraje: busco estas cosas en todos los resquicios de su cuerpo, y las busco en vano. Luego... ¡concluyo que el señor Montemayor carece de ellas!

Y no es que yo compare la inteligencia, ni los sentimientos de lealtad, generosidad, gratitud, honradez, honor, con Dios. Digo sólo que la aplicación del método insensato y absurdo del señor Montemayor, nos conduce inequívocamente a tales consecuencias ilegítimas.

¿Cómo gastar más palabras para refutar tanta vaciedad? ¿Y cómo no asombrarse de que el señor Montemayor crea haber demostrado así la inexistencia de Dios contra el sentir universal y contra las afirmaciones de los más esclarecidos ingenios, de los genios más gloriosos?

Dejemos, pues, tales pruebas, y busquemos en lo poco que queda del artículo del señor Montemayor, si hay algo de más enjundia.

«Dios es espíritu, nos dicen los curas, añade el señor Montemayor. Pero, ¿qué es el espíritu?», pregunta. Y contesta: «Misterio... Esta misma concepción del espíritu es absurda».

¿Lo ven los lectores? Ya está desechado el asunto. El espíritu no puede ser, según el señor Montemayor, sino, materia, aunque «inmensamente sutilizada», o la nada... Si es materia, no es espíritu; si es la nada, no existe. Y así, sin mucho cavilar, dogmáticamente, apriorísticamente, burlándose de todos los genios que en nuestra misma época creen en el espíritu, y discurren acerca de él, mi concluyente conclusión es que la concepción del espíritu es un absurdo, y por ende la idea de Dios también lo es...

¡Vaya un temperamento científico! No hay problema que no se empuñe frente al señor Montemayor, ni aún aquellos que queman las cejas de las más poderosas mentalidades que han honrado y honran a la humanidad.

¿La concepción del espíritu es un absurdo? ¿Quién lo dice, señor Montemayor? ¿La ciencia, los sabios? ¿O usted, con sus materialistas? ¡Explíquese!

DIOS Y LA IDEA DE ETERNIDAD

Y vamos al último argumento del señor Montemayor, que presenta menos visos de informalidad, pero que no es menos falaz que los otros.

Se reduce a lo siguiente: Admitido, dice, que todo lo existente debe haber sido creado, hay que preguntarse, supuesta la existencia de Dios, quién ha creado a Dios. Y añade que si la eternidad de la materia es una concepción oscura y difícil, mucho más lo es la eternidad de Dios, a quien a diferencia de la materia, no se ve ni se palpa, y de cuya misma existencia no se tiene ninguna certeza.

Este argumento es sencillamente un círculo vicioso, una petición de principio, porque al aplicar a Dios, Creador, el mismo criterio que se aplica a las cosas creadas, se niega su existencia. El señor Montemayor, pues, para probar la inexistencia de Dios se coloca «a priori» en el terreno del ateísmo.

En efecto; la concepción de Dios implica la noción del Sér inacreado, que tiene en sí mismo la razón de su existencia; que no es contingente, como los demás seres creados por Él, sino necesario; que no es criatura, sino Creador y autor de las leyes que rigen las cosas creadas. Es la causa primera, que no puede rechazarse sin obligar a la razón a perderse en pos de una sucesión infinita de causas segundas, sin llegar nunca a una que no dependa de otra anterior, o sin negar el principio de causalidad, lo cual equivaldría a negar la ciencia y a negar la posibilidad misma de la ciencia.

Si tratásemos de la existencia de Sér sobrenatural, el señor Montemayor comienza por aplicar a ese Sér las leyes del orden natural, toma como dato del problema lo que preci-

samente constituye la solución que se busca, y entonces es claro que toda su argumentación se reduce a una tautología.

Pero, preguntará el Sr. Montemayor, ¿con qué fundamento se admite que Dios es eterno, y por consiguiente inacreado?

Es una necesidad de nuestra propia razón lo que nos conduce a ello. Y es así, que los mismos ateos, para llenar esa necesidad ineludible, tienen que acudir al recurso de atribuir la eternidad a la materia. La ciencia es absolutamente impotente para revelar nos el origen primero de las cosas, pero reclama una causa primera; y los que, por no admitir a Dios, huyen de esta exigencia, van a parar a una hipótesis que importa admitir un misterio, cual es la idea de eternidad, de la materia, esto es, dentro del orden natural.

¿Cree el señor Montemayor que no hay diferencia entre la noción de un Sér Sobrenatural, eterno, absolutamente necesario, y la noción de la materia eterna e inacreada? ¿Cree que no hay más lógica en admitir la primera? La eternidad, como noción del orden natural, debía ser explicable, comprensible por la razón, y no una idea incomprensible, esto es, misteriosa. En cambio, los creyentes, si admiten la eternidad, es en el Sér Sobrenatural, en el Creador, Autor y Legislador de todo el Universo; y es claro que, aunque tengamos la certeza de la existencia de ese orden sobrenatural, y puedan concebirlo, no comprenden las cosas que le conciernen como comprenden las del orden natural, porque nuestra inteligencia es limitada y no llega hasta allí. Un ilustre filósofo lo ha explicado admirablemente: «Es de la naturaleza de lo infinito, que yo, que soy finito y limitado, no pueda comprenderlo». Y sino, pruebe el señor Montemayor explicarnos el sentido de ese concepto que tanto gusta de repetir, y que admite y da como cosa averiguada por la ciencia: eternidad de la materia.

Y Pascal ha escrito este pensamiento sublime: «El más alto grado de la razón es comprender que hay cosas que no puede comprender; es bien débil la razón si no llega hasta ahí». La ciencia no prueba, por otra parte, ni puede probar la inexistencia del orden sobrenatural; antes bien, nos conduce a admitirlo por su misma incapacidad para explicar la esencia y el origen de las cosas. En cambio, rechaza por absurda e insostenible esa hipótesis de la eternidad de la materia que el señor Montemayor quiere hacer nos recibir como verdad científica. Pero, sobre esto volveré enseguida.

Antes quisiere considerar otro aspecto de la misma cuestión. El Sr. Montemayor recuerda la comparación de que con frecuencia se sirven los católicos y todos los que creen en la existencia de Dios, para probarla. Es aquella del reloj, cuya existencia supone la del relojero.

No sé si el señor Montemayor que habla de la falta de lógica de ese razonamiento, sobre que el mismo Voltaire lo hacía. El Sr. Montemayor, discípulo del famoso impío, debía conocer muchos versos de su maestro, que dicen:

Pour ma part, plus j'y pense et moins je suis songeur
Que cette horloge marche et n'a point d'horloger.

Pero a ese razonamiento, el señor Montemayor, opone una objeción que le parece aplastadora: «El relojero, dice, el mecánico, el arquitecto, componen, construyen, con los materiales que ya existen a su disposición... Y cómo podría Dios construir el Universo sin material ninguno?»

Mi contricante no ha aprendido, o no ha querido aprender el sentido de esa comparación que ¡ama absurda e infantil, contra la opinión de su maestro, como ya se ha visto. No se dice que el acto de crear, que es atributo de Dios, sea de la misma naturaleza que el del artista que fabrica o construye, sino que, así como el reloj, del ejemplo, revela una inteligencia que ha ordenado las piezas de que está construido, con arreglo a un plan y a una finalidad, así el Universo, cuyo orden admirable va descubriéndose cada día más la ciencia,

a medida que adelanta en sus conquistas, revela, reclama, la existencia de una inteligencia proporcionada a esa obra maravillosa, que ha ordenado las cosas, respondiendo a un plan sapientísimo y buscando una finalidad en su concierto. Este es el sentido inequívoco y exactísimo de esa comparación clásica, y que permanecerá siempre como la fórmula sencilla y clara de una verdad profunda e incommovible. Todavía esta vez el señor Montemayor se muestra inferior a su maestro. Y es que Voltaire tenía talento...

Ahora, lo que el señor Montemayor dice, que Dios no pudo crear las cosas sacándolas de la nada, es una renuencia en el error que ya señalé. Si se afirma que Dios no podía «crear», ya se le niega, porque la idea de Dios desaparece si no se admite su omnipotencia. Pero entonces, no se invoca este argumento para probar la inexistencia de Dios, porque es vicioso partir de la tesis, a la cual se quiere llegar, y así es muy fácil demostrar cualquier cosa.

Admitimos la Creación precisamente como un hecho que nuestra razón no puede comprender en su esencia: la admitimos, cabalmente, porque comprendemos que hay, como dice Pascal, cosas superiores a nuestra razón. Y repito que los que la niegan se colocan en una ridícula contradicción cuando huyendo de los sobrenaturales porque su razón no lo comprende, transportan lo misterioso, lo incomprensible a lo que debía ser el dominio de la razón: el orden natural.

¿Qué es más lógico, más razonable: admitir el misterio admitiendo lo sobrenatural, o admitir el misterio negando lo sobrenatural?

Vuelvo a la eternidad de la materia y al movimiento. Y no para extenderme en disquisiciones a este respecto, sino para presentar a los lectores, una síntesis de las objeciones que la ciencia positiva opone a tales hipótesis. Yo espero que si el señor Montemayor tiene algo que contestar a estos argumentos tan fundamentales para nuestra cuestión, lo diga en su próxima: siempre será ello más interesante, más serio, que hablabamos de sus indagaciones entre las ollas y marmitas de su cocina, en busca de Dios.

«Los físicos admiten todos, dice Moreux, que la materia está dotada de inercia, esto es, que es indiferente al estado de reposo y al de movimiento: un cuerpo no puede cambiar por sí mismo de estado; no puede tampoco por sí mismo, añadir más movimiento al que posee. Si este principio, todos nuestros cálculos de mecánica, resultarían imposibles. Admitir que al principio una molécula haya podido ponerse por sí misma en movimiento, es ir contra los principios mejor establecidos de la mecánica y de la física; es admitir sencillamente que las moléculas actuales puedan hacer otro tanto, lo que es experimentalmente falso y absurdo. Los siglos, se dice, han podido realizar poco a poco este milagro; ¡otro absurdo! Acumulados millones de siglos, no estaréis con ello más adelantados: el tiempo no puede nada en el asunto. No habrá jamás jamás una molécula del estado de reposo al de movimiento, porque el tiempo no es nunca un factor de energía». Se ha pretendido también que el movimiento existe desde la eternidad. Pero sabemos por otra parte, con certeza, que la energía mecánica utilizable disminuye sin cesar, y esta es, precisamente la razón por la cual el Universo tiende hacia un estado final donde toda la energía se habrá degradado, como se dice en mecánica, es decir que llegará un momento en el cual toda esta energía utilizable estará empleada; si, pues, esta energía durase desde una infinidad de tiempo, el mundo habría llegado ya a ese estado final, lo que no ha ocurrido, evidentemente. No se puede escapar, pues, a esta conclusión: que el movimiento constante en el mundo actual, ha comenzado, necesariamente. La marcha, en un momento dado, en el origen de los tiempos, ha recibido el movimiento de un ser exterior a ella, que se la ha dado; negar esta proposición es, queramos o no, ponerse en desacuerdo con los principios mejor establecidos de la ciencia moderna.

«con los principios mejor establecidos de la ciencia moderna».

Y estas dificultades, que hoy expongo cuando a Moreux, sacerdote y astrónomo ilustre, pero que he expuesto hace ya tiempo citando a un sabio materialista, Du-Bois-Reymond, son las que el señor Montemayor debe resolver a afrontar, cosa que, hasta ahora, ha estudiado sistemáticamente.

La ciencia, pues, concluye con todo derecho, no niega a Dios, antes bien lo reclama como Sér necesario; pero en cambio, rechaza las hipótesis absurdas con que el ateísmo quiere llenar el vacío que la negación de Dios deja en la razón humana.

LOS SABIOS, POBRES DE ESPIRITU

Así los llama el señor Montemayor. No culmino. Oigámonse: «Esta es la gran prueba, la demostración irrefutable aplastadora, solemne, de que «Dios no existe», sino como un espartapáporo en la mente enfermiza de los pobres de espíritu».

Como suena; Dios, ¡es un espantapáporo para los pobres de espíritu! Newton, el genial descubridor de las leyes de la gravitación universal, es, pues, según el señor Montemayor, una mente enfermiza, un pobre de espíritu! Kepler, Herschell, Faye, Le Verrier, Faraday, Volta, Ampère, Cuvier, Chevreul, Dumas, Pasteur, todas mentes enfermizas, todos pobres de espíritu! Cauchy, Pascal, Lavoisier, Lesseps, Copérnico, Descartes, Cusa, von Baer, Mendel, van Beneden, todas mentes enfermizas, todos pobres de espíritu!

Miguel Angel, Da Vinci, Rafael, Murillo, todas mentes enfermizas, todos pobres de espíritu!

Rousseau, Voltaire, Mirabeau, Julio Simón, todos, todos pobres de espíritu! Cervantes y el Dante, Colón y Magallanes, Lacordaire y Bossuet, todos, todos, conquistadores, astrónomos, físicos, pintores ilustres, oradores, inventores, biólogos, creyentes en Dios, que adoraron Su Nombre Adorable, y cantaron Su Gloria, todos son pobres de espíritu, todas son mentes enfermizas.

Yo mismo Gutenberg que el gran Linneo, Manning el cardenal como Napoleón el conquistador, Grasset, el primer alemán, contemporáneo como Santo Tomás, el Angel de las Escuelas, todos, de todos los tiempos, de todos los credos, de todos los pueblos, sólo son mentes enfermizas, pobres de espíritu!

¡Basta! ¡Basta de pobres de espíritu! ¡Vengan, pues, los fuertes, vengan los sanos de mente!

Ya viene la falange. ¡El señor Montemayor a la vanguardia!

... ¡No, verdaderamente, Voltaire no se hubiera convencido!

Juan B. PODESTA

CONFERENCIAS

LIGA DE E. RACIONALISTA

Mañana sábado, a las 8.30 p. m., se realizará en el local de esta institución, Beltrano 2552, una conferencia a cargo del compañero Jacobo Erliman, quien disertará sobre el tema: «El Racionalismo y las ideas avanzadas».

De Tierra Adentro

Desde Realicó

Descontento de los ferroviarios

La última huelga ha dejado a los ferroviarios en una situación imposible de aguantar por más tiempo así.

No saben ni las horas que «deben» trabajar ni el jornal que «deben» ganar.

Las empresas, siempre ávaras por el aumento del capital que manipulan, no hacen más que reírse de las pretensiones de sus empleados, del decreto del gobierno reglamentando el trabajo del mismo gobierno.

Inquietos, excitadísimo los ánimos de los ferroviarios están todos de acuerdo en declararse en huelga hasta tanto no bajen el cogote las despóticas em-

Organizada por la agrupación
"Afinidad" y el Comité Administrativo de LA PROTESTA

Pro Máquinas y Radowsky
Gran Rifa Con 8 importantes premios

Pedidos a nombre de la agrupación, a esta administración
Precio del número, 0.20 cts.

